

Homilías Corpus Christi B

+ Lectura del santo Evangelio según San Marcos

El primer día de los ácidos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: -¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

Él envió a dos discípulos, diciéndoles: - Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?".

Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: - Tomad, esto es mi cuerpo.

Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron.

Y les dijo: -Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos.

Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios.

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

Palabra del Señor

(A)

La hora de la misión (Corpus)

Eucaristía y Caridad... Dos realidades que se juntan el día del Corpus... Y que debiera de realizarse cada vez que celebramos la Eucaristía...

Al finalizar la Eucaristía, el sacerdote en nombre de la Iglesia nos envía a construir la paz, la justicia y la fraternidad... Si la reunión del domingo no tuviera una repercusión en nuestra vida, se convertiría en una pérdida de tiempo, sería un bla, bla, bla inútil.

En cada reunión proclamamos una y mil veces el amor mutuo, nos damos la mano, nos concedemos mutuamente la paz, rezamos a Dios, le llamamos Padre de todos... Todo esto nos compromete en la vida diaria.

Tras la asamblea comienza la misión ¿Recordáis cuál es origen de la palabra "misa"? Viene de missio, misión. Después de la liturgia eucarística, comienza la liturgia del hermano.

Los que hemos visto que nuestro Señor parte y reparte el pan no podemos comer el pan ajenos a los que no tienen pan.

Los que hemos visto al Señor ponerse a la mesa y servir a sus discípulos, hasta lavarles los pies, no podemos tomar una actitud egoísta o indiferente ante nuestros hermanos...

Debe haber una conexión entre Eucaristía y vida sino queremos caer en una flagrante contradicción que Dios detesta. Así nos lo decía Isaías en la primera lectura...

El templo no es para Jesús el horizonte último, sino el espacio donde vigorizamos nuestras vidas, para ponerlas al servicio en los lugares donde hierve la vida.

Los cristianos que hemos participado en la Eucaristía con sinceridad y hondura debemos intentar con todas nuestras fuerzas ser criaturas nuevas en la sociedad...

Desgraciadamente, muchas veces no suele ser así.

La misa se ha convertido en una especie de remanso de paz que nada cambia.

¿Cómo se puede explicar el hecho de que una persona se pase gran parte de su vida comulgando, y después de muchos años recibiendo a Jesús, resulta que tiene los mismos defectos y faltas más importantes que cuando empezó a comulgar? ¿Cómo se puede explicar que tanta gracia acumulada durante tantos años no se note, al menos de alguna manera, en la vida concreta de la persona?

¿Cómo es posible que, en países de mayoría católica, mucha gente piadosa que frecuenta la Iglesia, viva indiferente ante la injusticia y la desigualdad y, más aún, contribuya con sus opciones políticas y económicas a mantener cada vez más la desigualdad y la injusticia...

Quizá tú mismo en ocasiones has criticado a la gente que va a misa por un simple hábito, costumbre o tradición, sin que ello afecta para nada a su vida...

Cuántas veces hemos oído decir: "Para ir como va ése o aquella, mejor no ir".

No les falta razón cuando se critica a los que van por "cumplir" o a los que "no se les nota nada que han estado en la Eucaristía". No estoy de acuerdo, sin embargo, con la conclusión: "¡Mejor no ir!"... La Eucaristía es un encuentro para la misión. Intenta ser consecuente con ello y verás tú mismo que no se puede decir: "Mejor no ir"...

Termino narrando un hecho ocurrido en una Parroquia de Madrid...

Un domingo, trataba el evangelio sobre la multiplicación de los panes. Entre todos fueron discerniendo qué panes y peces deberían multiplicar y cómo... Al final se había añadido que no nos basta con partir el pan de la eucaristía si al salir no estamos dispuestos a partir y compartir no solo lo que tenemos, sino lo que sabemos...

Siguió la misa.

Al final la misa terminó con esta encomienda: "La misa en realidad no ha terminado del todo. Podéis ir en paz si sois capaces".

La gente salió. El sacerdote estaba recogiendo algunas hojas de canto que se habían quedado por los bancos, cuando vio una muchacha sentada cerca de la puerta. Tenía la cabeza sobre el reclinatorio.

La reconoció. Era Carmen. Sabía que acababa de terminar con éxito su licenciatura en Periodismo y que ya tenía ofrecido trabajo en un diario prestigioso.

Se sentó a su lado. ¿Qué pasa Carmen?

- Son ustedes unos liantes.... ¿Nosotros?

- Usted y toda la gente de esta maldita parroquia... y el que escribió esa historia de multiplicar panes y peces.

Levantó la cabeza. Tenía una lagrimilla en los ojos y un papel medio arrugado en la mano.

-Hace dos días me llegó esta carta de Guatemala. Me cuentan que está en crisis la emisora cultural de un pueblito, junto a la frontera con México. Que

necesitan ayuda económica y ayuda de gente. Que tienen que formar locutores y organizar campañas... y que si me voy con ellos. Yo me lo tomé en broma, pero después de la misa de hoy y de las indirectas tuyas que parecía que iban para mí...

-Oye, yo... -Bueno, ya sé que no lo hizo aposta, pero lo hizo. Y ahora yo no me atrevo a salir de la iglesia, porque ya sé a dónde tengo que ir.

El sacerdote le dio unas palmaditas en el hombro mientras me levantaba.

-Yo no te digo ni que sí ni que no. Puedes ir en paz.

Intentó darle al cura una patadita en la espinilla. Y al cabo de un tiempo el sacerdote se encontró con su hermano...

-¿Ya se enteró, don Mariano? Carmen se marchó ayer para Guatemala.

-¿Cómo no me dijo nada? -Nos pidió que callásemos y dijo que ya le escribiría.

A Carmen le costó muchísimo salir de misa aquel domingo. Acaso a algunos otros nos costaría mucho también si pensásemos en lo que tenemos que hacer al salir. Aunque solo sea pedir perdón a alguien, echar una mano, ser más tolerante... o lo que sea, pero que se note... por que la Misa se tiene que notar en la vida...

(B)

Se publicó hace un tiempo un documento romano que tiene como finalidad «proteger» la celebración litúrgica de la Eucaristía frente a determinados «abusos» en la observancia del ritual. Sin embargo, el mismo documento advierte en su introducción que «la mera observancia externa de las normas, como resulta evidente, es contraria a la esencia de la sagrada liturgia».

No basta observar correctamente los ritos. Nos puede preocupar que no se observe estrictamente la normativa, pero lo que nos ha de inquietar es seguir celebrando rutinariamente la Cena del Señor sin planteamos una renovación más profunda de nuestra vida. Lo dijo Jesús. Lo decisivo no es gritarle «Señor, Señor», sino hacer la voluntad del Padre. Por eso, hemos de recordar otros posibles abusos.

Es un grave abuso terminar convirtiendo la misa en una especie de «coartada religiosa» que tranquiliza nuestra conciencia, y nos dispensa de vivir día a día en el seguimiento fiel a Jesús.

La liturgia tiene que aterrizar también en la vida de cada día. En la vida fraterna, en el nivel doméstico de nuestras familias y comunidades, y en el más universal de las relaciones eclesiales y sociales.

Es muy hermoso que hagamos genuflexión ante el sagrario. Pero no lo es menos que hagamos genuflexión ante los hermanos, ante el prójimo, respetándoles y amándoles como a Cristo mismo.

Es muy interesante que prestemos suma atención a la Palabra de Dios cuando nos es proclamada. Pero también tiene importancia prestar atención a lo que nos dicen los demás.

Está muy bien que asumamos a veces el papel de sacristanes voluntarios y ayudemos espontáneamente a llevar y retirar del altar lo que se necesite.

Pero también es conveniente que nos acostumbremos, por ejemplo, a levantarnos de la mesa en casa para traer y llevar lo que haga falta.

Es muy litúrgico celebrar por todo lo alto las fiestas del calendario que gozan de la categoría de solemnidad. Pero tampoco desentona en absoluto

celebrar con la correspondiente fiesta y detalles fraternos los cumpleaños y onomásticos de las personas que nos rodean.

Está bien que todos nos sintamos pecadores a la hora del acto penitencial al comienzo de la misa. Pero eso nos debe llevar a saber pedir perdón puntual y personalmente cuando hemos faltado al hermano.

Es nuestro deber alabar a Dios y cantar su gloria. Pero también podrían mejorar nuestros comentarios en relación con las personas, sobre todo si no nos caen demasiado bien.

Seguro que ponemos cuidado en respetar todas las normas de la buena celebración litúrgica. Pero tendremos que cuidar también las normas del trato fraterno y de la buena educación.

Aprovechemos todo el margen de creatividad pastoral que permiten los libros litúrgicos para animar las celebraciones. Y luego, aprovechemos también todas las posibilidades que brinda el sentido común y el amor a los demás para animarles cuando están pasando por horas bajas.

Cuando entonéis el aleluya, cantadlo con entusiasmo. Pero luego, que se note en la vida que no tenemos una visión pesimista, sino pascual de los acontecimientos y de las personas.

Antes de ir a comulgar nos damos fraternalmente la paz, y no parece costarnos mucho. Pero luego a lo largo de la jornada deberíamos traducir ese gesto en un esfuerzo eficaz por crear un espacio de paz y reconciliación a nuestro alrededor... Es un abuso celebrar semanalmente el sacramento del amor sin hacer algo más por suprimir nuestros egoísmos y sin cultivar con más cuidado la amistad y la solidaridad.

Hoy celebramos los cristianos la fiesta del «Corpus Christi» ¿Qué diría hoy Jesús de nuestras Eucaristías? ¿Qué le preocuparía? ¿Nos mandaría de nuevo interrumpir nuestros ritos ante el altar, para ir antes a crear una sociedad más justa y reconciliada?

(C)

Los cristianos repetimos con frecuencia que la eucaristía es el centro vital de la Iglesia y la experiencia nuclear de la vida cristiana. Y realmente es así. Lo recordó con fuerza especial el Concilio Vaticano II: "No se construye ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la eucaristía".

Sin embargo, a lo largo de los siglos, se ha hecho de todo con la Cena del Señor. La misa ha servido de marco para celebrar homenajes y escuchar grandes conciertos; se han organizado "misas de campaña" para animar al combate a los ejércitos; se han hecho funerales para defender una determinada ideología. Es evidente que en todo esto no se busca precisamente celebrar "el memorial del Señor", sino algo mucho más ambiguo y confuso.

Sin llegar a estos abusos, la eucaristía queda vacía también de su contenido esencial cuando se convierte en práctica rutinaria sin repercusión alguna en nuestras vidas. Esas misas no construyen comunidad ni alimentan la vida cristiana. Al contrario, como dice J. von Allmen: "La Cena hace enfermar a la Iglesia cuando no es el lugar de un amor confesado y compartido".

Es una contradicción grave comulgar con Cristo todos los domingos en la más recogida intimidad, y no preocuparnos durante la semana de comulgar con los hermanos; compartir el pan eucarístico, e ignorar el hambre de millones de seres humanos privados de pan, justicia y paz; celebrar el

“sacramento del amor”, y no revisar nuestros egoísmos individuales y colectivos o nuestra apatía ante situaciones de injusticia y olvido de los más desvalidos; escuchar la Palabra de Dios en las Escrituras, y no oír los gritos de sus hijos más necesitados; darnos todos los domingos el abrazo de paz, y no trabajar por hacerla realidad entre nosotros.

Vivida así, la eucaristía no provoca conversión ni pone en seguimiento de Cristo. Al contrario, puede convertirse en “coartada religiosa” que, al ofrecer la satisfacción del deber religioso cumplido, refuerza inconscientemente lo que alguien ha llamado “*el status quo*” de nuestros corazones aburguesados.

Se exhorta mucho a los cristianos a que no dejen de participar en la eucaristía dominical. En esta fiesta del Corpus yo quiero hacer oír otro grito: ¡Cuidado con la eucaristía vivida de manera rutinaria!

(D)

¡Lo que va de Eucaristía a Eucaristía!

En un mismo domingo, en una ciudad, participé como simple feligrés en tres eucaristías en parroquias distintas, con ambiente pastoral muy distinto. En una de ellas, humilde, de barrio, los “con-celebrantes” salían alegres y animosos, departían en pequeños grupos, se palpaba ambiente de fiesta. La celebración fue muy participativa en todos sus aspectos. En otra, en pleno centro de la ciudad, los feligreses bostezaban, se removían en el banco, miraban los relojes y, al terminar, parecían huir del templo. “Soportaron” la celebración como sufridos espectadores. La tercera, estaba presidida por un sacerdote animado y animador. Los feligreses “le siguieron” con atención, pero pasivamente, con la sola participación de un par de lectores y cuatro personas que pasaron las bolsas de la cuestación. Terminada la celebración, aquella masa de feligreses se dispersó silenciosamente.

¡Qué Eucaristías tan distintas las celebradas con una masa anónima y con grupos en los que se vive día a día la fraternidad y el compromiso! Porque una celebración viva no se improvisa.

(Tres apuntes, que puede servir para tres homilías diferentes)

De la Misa a la Eucaristía...

Durante siglos, *misa* ha sido el término familiar empleado en occidente para designar la reunión eucarística. Este viejo nombre está lleno de resonancias socio-religiosas y es indicador de una determinada mentalidad que ha configurado la práctica religiosa de muchos cristianos (“oír misa”, “decir misa”, “sacar misas”, “misa homenaje”, “misa polifónica”, “misas gregorianas”...)

Hoy se observa una tendencia generalizada a sustituir el viejo nombre de *misa* por el de *eucaristía*, término más antiguo, de raíces bíblicas más hondas y que significa “acción de gracias”. Este cambio de palabras no es un capricho de teólogos y liturgistas. Está sugiriendo todo un cambio de actitudes, el descubrimiento de unos valores nuevos y una voluntad de vivir la celebración en toda su riqueza. Como dice X. Basurko: “Celebrar la eucaristía no es lo mismo que decir u oír misa”.

El cambio apunta a ir pasando de una misa entendida como acto religioso individual hacia una eucaristía que alimenta y construye toda la comunidad. De un asunto que concierne fundamentalmente al clero que "dice la misa" mientras los demás la "oyen" pasivamente, se pasa a una celebración vivida por todos de manera activa e inteligible; de una obligación sagrada, bajo pecado mortal, a una reunión gozosa que la comunidad necesita celebrar todos los domingos para alimentar su fe, crecer en fraternidad y reavivar su esperanza en Cristo resucitado; de una misa que ha servido de marco para toda clase de aniversarios, fiestas, homenaje o lucimiento de coros y solistas, a la celebración de la Cena del Señor por la comunidad creyente; de una conmemoración del sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz, a una celebración que recoja también las demás dimensiones de la eucaristía como banquete, comunión fraterna y acción de gracias a Dios; del cumplimiento de un deber religioso que nada tiene que ver con la vida, a una celebración que es exigencia de amor solidario a los más pobres y de lucha por un mundo más justo.

La Eucaristía, fuente y cumbre

La Eucaristía es un sacramento fraternizador: "Los que comen de un mismo pan forman un mismo cuerpo".

Como cualquier otra comida de amistad, supone el afecto mutuo y lo acrecienta. Los hermanos o amigos se juntan porque se estiman y aman y, después de compartir cordialmente la comida, se sienten más unidos y compenetrados.

La Eucaristía, como la comida familiar festiva, no es, primordialmente, un sacramento para alimentar cada espíritu, sino para ayudarnos a crecer como comunidad. Es el sacramento de la comunidad, de la solidaridad. En este sentido, no olvidaré nunca del contraste, un tanto chocante, que ponía el padre Lombardi. Ridiculizaba el individualismo de nuestras "misas" diciendo: "Unas cuantas mujeres se han juntado para aprender cestería; después de un tiempo de convivencia, se juntan para cenar un pollo asado, y a partir de ahí se sienten mucho más unidas... Nosotros -recalcaba él- nos pasamos días y días comiendo juntos el Cordero de Dios, y seguimos tan ajenos los unos a los otros...".

Recordamos todos muy bien las expresiones increpadoras de Pablo a los Corintios porque celebraban la eucaristía sin comunión fraterna. En este sentido, hemos de preguntarnos: ¿Vivo la Eucaristía con espíritu fraterno? ¿La vivimos despiertos o nos come la rutina? ¿Vivimos la comunión que ella significa? ¿Cada Eucaristía que celebramos nos hace crecer en amistad, en fraternidad, en cercanía hacia los otros comensales, de modo que nos lleve a ser parábola de la unidad como señaló Cristo?. Recordemos que "unión" no significa sólo ausencia de rencores, sino afecto fraterno y espíritu de servicio. A una comida de hermanos no acuden los que no se odian, sino los que se aman.

Celebrar la Eucaristía no es sólo apiñarse como los apóstoles en el cenáculo en torno al brasero en actitud de apoyo mutuo. En una reunión verdaderamente fraterna se echa de menos a los ausentes, a los pródigos, a los que sufren la miseria del cuerpo y del alma. Los participantes se comprometen a hacer algo para que también ellos participen algún día en las reuniones del hogar. Participamos de la Palabra y del Cuerpo de Cristo para identificarnos con él, hacer nuestros sus sentimientos, unirnos a él en

la entrega a los demás y luchar por la causa para la que él vivió y por la que murió. Celebrar la Eucaristía implica voluntad de inmolarse, estar dispuesto a partirse y repartirse, dejarse comer por los demás, como hizo Cristo. En esto consiste celebrar activamente la entrega del Señor. Por eso, celebrar la Eucaristía de verdad supone un gesto de audacia, si es que queremos ser consecuentes con el significado de lo que celebramos. ¿Pueden sentirse los padres plenamente complacidos con sólo el afecto y los gestos de ternura de los hijos que están a la mesa, teniendo tantos hijos pródigos? ¡Qué modélicas las comunidades de Pablo en su solidaridad con los hermanos de Palestina que sufren la pobreza a causa de una gran sequía en el país! (2 Cor 8,13).

No hay Eucaristía sin solidaridad...

Los Santos Padres proclamaron unánimemente la exigencia radical de solidaridad con los pobres por parte de quienes celebramos el misterio de la entrega del Señor.

San Cipriano increpaba a una comunidad cristiana de su diócesis: Tú eres afortunada y rica. ¿Te imaginas celebrando la Cena del Señor sin tener en cuenta tu aportación solidaria? Tú suprimes la parte del sacrificio que es del pobre". Tradicionalmente una tercera parte de la colecta se destinaba a la ayuda de los pobres de la comunidad. Dice, asimismo, tajantemente: "Cuando los ricos no llevan a la Eucaristía lo que los pobres necesitan, no celebran el sacrificio del Señor". San Juan Crisóstomo, al llegar a una población de su diócesis, se enteró de que había muerto un mendigo por descuido de los vecinos. Entonces advirtió con firmeza: "Me niego a celebrar la Eucaristía hasta que no hagáis penitencia por tan gran pecado, porque no sois dignos de participar en la Cena del Señor".

Juan Pablo II ha hablado también con absoluta claridad y exigencia: "La Eucaristía nos conduce a vivir como hermanos. Quienes comparten frecuentemente el pan eucarístico deben comprometerse en construir juntos, a través de las obras, la civilización del amor... No se puede recibir el Cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, están encarcelados o se encuentran enfermos". Nueve millones de pobres en España y nueve millones de cristianos que participamos cada domingo en la Eucaristía. Ciertamente, los nueve millones de pobres son una acusación a los nueve millones de practicantes. El Señor nos invita a preguntarnos: ¿Hacia quién he de tender la mano generosa? ¿Qué puedo hacer yo para que la sociedad sea un poco menos fábrica de pobres? ¿Debería, tal vez, afiliarme a un voluntariado? ¿Estoy haciendo bastante y lo que me queda es hacerlo cada vez mejor y con más entusiasmo?

El cardenal Lercaro tenía en el frontis del altar de su capilla privada un interrogante interpelador: *Si compartimos el pan del cielo, ¿cómo no vamos a compartir el pan de la tierra?*

La fiesta del Corpus puede ser una ocasión adecuada para que, en cada comunidad parroquial, pastores y creyentes nos preguntemos qué estamos haciendo para que la Eucaristía sea, como quiere el Concilio, "fuente y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana".

Día de la Caridad

No es por azar que el día del Corpus sea el día de la Caridad. Y no es por casualidad, por que el Día del Corpus es un día en el que la Iglesia quiere que los cristianos nos fijemos en uno de los detalles de amor exquisito de Cristo hacia los suyos, el detalle que le llevó a convertirse en pan para vivificar a los hombres e intentar que aquéllos que comen en la misma mesa y el mismo alimento se sientan en la necesidad de repartir la vida que reciben sin guardarla para sí celosamente.

Jesucristo sabía lo que era el pan para el hombre. Fundamental. Pero advirtió en un gran momento de su vida que "no sólo de pan" se vive. La realidad que contemplamos a diario, es que el hombre desoyendo la máxima de Cristo, se está empeñando en vivir sólo de pan. Los resultados no pueden ser más atroces. En esa búsqueda exclusiva del "pan" el hombre se ha encerrado en su propio egoísmo y ha empezado a desconocer a los demás hombres, que aparecen en el horizonte como competidores y enemigos. En consecuencia, se ha instalado en el mundo el hambre y la muerte. Miles de personas miran con sus ojos apagados y mortecinos cómo viven opíparamente los que han tenido la suerte de nacer en una determinada tierra. Miles de personas viven separadas del quehacer social, víctimas del paro, auténtica plaga de nuestro mundo moderno.

En consecuencia, nuestras calles, llenas de letreros luminosos y espléndidos escaparates, montones de manos extendidas nos entorpecen el paso y montones de niños tristes han cambiado sus juegos por el oficio de pedir. Y todo porque el hombre busca sólo y por encima de todo "pan", olvidando esa añadidura que da al pan su verdadero sentido y lo coloca en su auténtico lugar.

Necesitamos un alto en el camino. Y lo necesitamos los cristianos. Hoy que es el día del PAN por excelencia podríamos muy bien preguntarnos cuál es el pan que nosotros perseguimos y qué efecto produce en nosotros el que recibimos en nuestras Eucaristías. Hoy es un día especialmente apto para revisar nuestras comuniones, para ver hasta qué punto esas comuniones son un rito, carente de virtualidad, que nos deja estáticos y sin ninguna clase de compromiso personal con Dios y con los hombres.

Jesucristo repartió el pan e, inmediatamente, salió al exterior, donde le esperaba el dolor, la burla, el insulto y la muerte. Así entendió Jesucristo la comunión; su participación en el banquete eucarístico, llevó consigo el compromiso total de su vida a favor de los hombres.

Esta "lectura" que Cristo hizo de la Eucaristía es la que tenemos que hacer nosotros. No es aventurado decir que muchos cristianos comulgamos y permanecemos ausentes del dolor de los hombres, de sus angustias y necesidades. El Día de la Caridad es sencillamente un intento para que nuestras comuniones no sean un "estar", sino un "darse". Un dejar de buscar el "pan" para mí, a un abrir el corazón y la bolsa a todos los demás. Para hacer posible un mundo más justo, en el que el hombre, nazca donde nazca y viva donde viva, viva como un hombre.

Padre Juan Jáuregui Castelo